



Convenio y Conversación

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

BASADO EN LAS ENSEÑANZAS Y ESCRITOS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Con agradecimiento a la Familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado a la memoria de Harry (Jaim) Schimmel. “He amado la Torá del Rabino Jaim Schimmel desde que la encontré por primera vez. No solo busca tratar acerca de las verdades superficiales, sino también en su conexión con una verdad más profunda que yace bajo la superficie. Junto a Ana, su notable esposa por 60 años, han construido una vida dedicada a amar a la familia, la comunidad y la Torá. Una pareja extraordinaria que me ha conmovido más allá de toda medida con el ejemplo de sus vidas.” – Rabino Sacks

Shoftim

Traductor: Abraham Maravankin

La grandeza es humildad

Hay un detalle fascinante en el pasaje acerca del rey en la parashá de esta semana. El texto dice:

“Cuando se siente en el trono de su reino, escribirá para sí una copia de esta Torá en un pergamino, en presencia de los sacerdotes levitas. Lo tendrá consigo y leerá de él todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios, cuidando de cumplir todas las palabras de estos estatutos y estos decretos. Así no se considerará superior a su pueblo ni se apartará del mandamiento ni a la derecha ni a la izquierda. Entonces él y sus hijos reinarán por mucho tiempo en el seno de Israel.” (Deut. 17:18)

Debe “leerla todos los días de su vida” para que sea temeroso de Dios y nunca transgreda la ley de la Torá. Pero hay también otra razón: para que “no comience a sentirse superior a

sus hermanos” (traducción de Kaplan), “para que su corazón no se vuelva arrogante sobre sus hermanos” (Robert Alter). El rey debía tener humildad. El más alto en la tierra no debía sentirse el más alto en la tierra.

Esto es enormemente significativo en términos de la comprensión judía del liderazgo político. Hay otros mandamientos dirigidos específicamente al rey de Israel. No debe acumular caballos para no establecer vínculos comerciales con Egipto. No debe tener demasiadas esposas porque “ellas desviarían su corazón”. No debe acumular riquezas. Todas estas eran tentaciones habituales para un rey. Como sabemos, y como señalaron los Sabios, fueron precisamente estas tres prohibiciones las que quebrantó Salomón, el más sabio de los hombres, marcando el inicio del largo y lento declive hacia la corrupción que caracterizó gran parte de la historia de la monarquía en el antiguo Israel. Esto llevó, después de su muerte, a la división del reino.

Pero estas eran consecuencias, no la causa. La causa era la sensación del rey de que, al estar por encima del pueblo, también estaba por encima de la ley. Como dijeron los rabinos, Salomón justificó su incumplimiento de estas prohibiciones diciendo:

La única razón por la que un rey no puede acumular esposas es que desviarán su corazón, así que me casaré con muchas esposas y no dejaré que mi corazón se desvíe. Y puesto que la única razón para no tener muchos caballos es no establecer vínculos con Egipto, tendré muchos caballos pero no haré negocios con Egipto. (Sanedrín 21b)

En ambos casos cayó en la trampa contra la que la Torá había advertido. Las esposas de Salomón sí desviaron su corazón (1 Reyes 11:3), y sus caballos fueron importados de Egipto (1 Reyes 10:28-29). La arrogancia del poder es su perdición. La arrogancia conduce a la *némesis*.

De ahí la insistencia de la Torá en la humildad, no como una mera cortesía o una cualidad deseable, sino como algo esencial para el rol. El rey debía ser tratado con el más alto honor. En la ley judía, sólo un rey no puede renunciar al honor debido a su rol. Un padre puede hacerlo, también un *rav*, incluso un *nasí*, pero no un rey (Kidushin 32a-b). Sin embargo, debía haber un contraste completo entre los símbolos externos del rey y sus emociones internas.

Maimónides es elocuente sobre este tema:

Así como la Torá le concede [al rey] gran honor y obliga a todos a reverenciarlo, también le ordena ser humilde y vacío de arrogancia en su corazón, como está dicho: “Mi corazón está vacío dentro de

mí” (Salmos 109:22). Tampoco debe tratar a Israel con altiva soberbia, porque está dicho: “Para que su corazón no se vuelva arrogante sobre sus hermanos” (Deut. 17:20). Debe ser bondadoso y compasivo con el pequeño y con el grande, involucrándose en su bienestar y en su bien. Debe proteger el honor incluso del más humilde de los hombres. Cuando hable al pueblo en comunidad, debe hacerlo con suavidad, como está dicho: “Escuchadme, hermanos míos y pueblo mío...” (1 Crónicas 28:2), y de manera similar: “Si hoy fueres siervo de este pueblo...” (1 Reyes 12:7). Siempre debe conducirse con gran humildad. No hubo nadie mayor que Moshé, nuestro maestro. Sin embargo, dijo: “¿Qué somos nosotros? Vuestras quejas no son contra nosotros” (Éxodo 16:8). Debe cargar con las dificultades, cargas, quejas e ira de la nación como una nodriza carga a un niño. (Maimónides, Leyes de los Reyes 2:6)

El modelo es Moshé, descrito en la Torá como “muy humilde, más que cualquier hombre sobre la faz de la tierra” (Números 12:3). “Humilde” aquí no significa tímido, inseguro, pasivo, apocado, pusilánime, retraído ni falto de confianza. Moshé no fue nada de eso. Significa honrar a los demás y considerarlos importantes, no menos importantes que uno mismo. No significa rebajarse; significa elevar a los demás. Significa aproximadamente lo que Ben Zomá quiso decir cuando enseñó (Avot 4:1): “¿Quién es honrado? Quien honra a los demás.”

Esto llevó a una de las grandes enseñanzas rabínicas, contenida en el sidur y recitada en Motzaei Shabat:

Rabí Yojanán dijo: “Dondequiera que encuentres la grandeza del Santo, bendito sea, allí encontrarás Su humildad.”

Esto está escrito en la Torá, repetido en los Profetas y declarado por tercera vez en los Escritos. Así está escrito en la Torá:

“Porque el Señor vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, el Dios grande, fuerte y temible, que no muestra favoritismo hacia ninguna persona ni acepta soborno.” (Deut. 10:17)

Inmediatamente después, como observa Meguilá (31a), leemos que Dios “hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al extranjero, dándole pan y vestido...” (Deut. 10:18). Dios se ocupa de todos, independientemente de su rango, y así debemos hacerlo nosotros, incluso un rey, especialmente un rey. La grandeza es la humildad.

En el contexto del Jubileo de Diamante de la Reina Isabel II¹, hay una historia que vale la pena contar. Sucedió en el Palacio de St. James el 27 de enero de 2005. Como Rabino Principal, fui invitado a unirme a un grupo de sobrevivientes del Holocausto, y juntos conmemoramos el sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz. La puntualidad, dijo Luis XVIII de Francia, es la cortesía de los reyes. La realeza llega a tiempo y se va a tiempo. Así es con la Reina, pero no en esa ocasión. Cuando llegó la hora de su partida, se quedó. Y se quedó. Uno de sus asistentes dijo

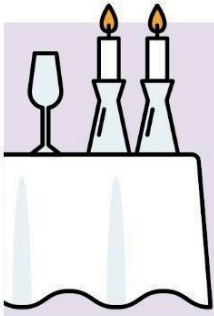
que nunca la había visto permanecer tanto tiempo después de la hora prevista de salida.

La Reina dio a cada sobreviviente – era un grupo grande – su atención enfocada y sin prisas. Permanecía con cada uno hasta que terminaba de contar su historia personal. Uno tras otro, los sobrevivientes venían a mí como en un trance, diciendo: “Hace sesenta años no sabía si estaría vivo al día siguiente, y hoy estoy aquí hablando con la Reina.” Esto trajo una especie de cierre bendecido a vidas profundamente laceradas. Sesenta años antes habían sido tratados, en Alemania, Austria, Polonia, de hecho en la mayor parte de Europa, como subhumanos, y ahora la Reina los trataba como si cada uno fuera un Jefe de Estado visitante. Eso era humildad: no rebajarse a uno mismo, sino elevar a los demás. Y donde se encuentra humildad, allí se encuentra grandeza.

Es una lección para cada uno de nosotros. Rabí Shlomó de Karlin dijo: *Der grester yester hora is az mir fargest az mi is ein ben melech*, “La mayor fuente de pecado es olvidar que somos hijos del Rey.” Decimos *Avinu Malkeinu*, “Nuestro Padre, nuestro Rey.” Se deduce que todos somos miembros de una familia real y debemos actuar como tales. Y la marca de la realeza es la humildad.

El verdadero honor no es el que recibimos, sino el que damos.

¹ Este ensayo fue escrito por el Rabino Sacks en el verano de 2012, en el año del Jubileo de Diamante de la Reina.



PREGUNTAS PARA LA MESA DE SHABAT

¿Cómo puede alguien en una posición de poder mantenerse humilde?
¿De qué manera puedes practicar la humildad esta semana en casa, en la escuela o con tus amigos?
¿Qué otros líderes del Tanaj compartieron las mismas cualidades de humildad que Moshé?